

PEDRO DELGADO

LA SOLEDAD DE PERICO



CON AINARA
HERNANDO NIEVA

booket

Pedro Delgado
Ainara Hernando Nieva
La soledad de Perico



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Pedro Delgado Robledo, 2023

© Ainara Hernando Nieva, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Imágenes del interior: Archivo personal de Pedro Delgado

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: Por cortesía de Pedro Delgado

Primera edición en Colección Booket: marzo de 2025

Depósito legal: B. 3.650-2025

ISBN: 978-84-670-7639-4

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

1. 11 de mayo de 1985	15
2. 21 de julio de 1987	43
3. 20 de julio de 1983	77
4. 5 de junio de 1988	105
5. 24 de julio de 1988	139
6. 11 de mayo de 1989	173
7. 3 de marzo de 1973	201
8. 20 de julio de 1986	229
9. 19 de julio de 1991	261
10. 9 de julio de 1993	297
11. 26 de diciembre de 2022	335
 Epílogo. La pasión asusta a los miedos	 339

1

11 DE MAYO DE 1985

Tengo que ir por la línea central de la carretera.

Al principio es una recta de 250 a 300 metros.

Tengo que mantenerme en la línea central.

No se ve nada, absolutamente nada. Pero no puedo parar.

Pedaleo a toda velocidad, con todas las fuerzas que me permiten las piernas.

Ahora tengo que buscar la línea de la izquierda. La primera curva es hacia ese lado, y es muy abierta.

Solo espero que no haya un coche aparcado, porque de ser así...

No, no puedo ponerme a pensar en esas cosas. «Ahora no, Pedro. Tienes que mantener la concentración». Cualquier despiste puede ser fatal.

Tengo la sensación de haber saltado al vacío. La niebla es tan tupida que no veo nada, y la bajada es muy rápida. Estaré rodando a unos 70 kilómetros por hora, demasiado rápido para lo poco o nada que se ve. Cualquier cosa que me pueda topar en este camino, una piedra en la carretera, un coche mal aparcado en la cuneta..., no me va a dar tiempo a reaccionar. Cuando lo vea, será demasiado tarde.

«No pienses en eso, Pedro. Solo pedalea. Pedalea todo lo rápido que puedas y mantén la concentración en la carretera».

Qué vértigo. Estoy haciendo la bajada prácticamente con los ojos cerrados. Proyectando en mi cerebro la bajada que he realizado tantas veces.

«¡Venga! ¡Venga! La siguiente curva es a la derecha. Abierta. Así que cuando comience la de la izquierda, cuenta cinco segundos y busca poco a poco la raya de la derecha».

La niebla lo envuelve todo. Ha convertido el mundo a mi alrededor en un mar de bruma grisácea, espesa y cegadora a la vez. El cielo. Casi tengo la sensación de palparlo desde aquí arriba, desde la cumbre de Navacerrada por la que acabo de atacar justo al comenzar el descenso con un aguanieve que deja la carretera muy peligrosa.

Sigo avanzando. Pero ahora lo que me está golpeando, implacable, la cara, las piernas y los brazos es duro como una piedra. Es granizo. Y eso que estamos en el mes de mayo. Ya es primavera, pero aquí arriba no hay piedad ni perdón para nadie.

No soy capaz de vislumbrar ni distinguir nada, absolutamente nada, con este manto gris que lo cubre todo desde la cumbre, desde donde me acabo de lanzar cuesta abajo. Me siento engullido por esta tupida niebla. Es como si el mundo se hubiese apagado; oscuridad absoluta, silencio absoluto.

«¡A tope! ¡A tope, Pedro!».

Es una suerte conocer tan bien la bajada del puerto de Navacerrada y tenerla bien interiorizada en mi memoria. Sé perfectamente que ahora tengo que ir por la parte central y servirme de esas líneas pintadas en la carretera para guiarme. Curva a la izquierda otra vez. Ahora a la derecha. ¿Cuántas veces habré pasado ya por aquí? Entrenando, corriendo, en coche. Pero hoy es diferente. Hoy no se ve nada, aquí metido como voy, navegando por este mar de nubes cuesta abajo. No puedo ni siquiera mirar atrás. No sé si alguien me sigue. Tampoco quiero mirar detrás, podría ser fatal echar un vistazo por breve que pueda ser.

Delante viaja Pepe Recio, del Kelme; a él sí le han dejado marchar subiendo Cotos, no como a mí, por más que lo he intentado. Ahora, a por él. Diez metros, 20 no más, y ya viene otra curva a izquierdas; voy buscando esa raya del arcén, que me guía para esperar el siguiente giro, porque como tarde un poco más de la cuenta, se puede cerrar de pronto y chocar contra el pretil.

«¡A tope! ¡A tope, Pedro!».

Lo único que puedo hacer es dar a los pedales.

Que no haya ningún coche mal aparcado, por favor. Que no lo cuento.

Lo que no he conseguido subiendo lo estoy logrando ahora, en la bajada.

Pongo durante unos segundos toda mi atención en los oídos. A ver si escucho algún ruido del grupo del líder, de Robert Millar, de mi compañero Pello Ruiz Cabestany o de Pacho Rodríguez, que están en posiciones de podio. Mañana acaba la carrera en Salamanca. Es mi último cartucho. Me concentro totalmente en los sonidos. A ver qué se oye a mi alrededor. ¿Vendrá alguien a mi rueda? No me atrevo ni a girar la cabeza porque cualquier lapsus, cualquier distracción, puede ser fatal. Chocarme contra cualquier cosa que se presente o, sobre todo, perder la noción de en qué parte de la carretera voy podría ser muy peligroso. Debo permanecer concentrado.

Ahora a la derecha. Poco a poco. Suavemente.

Escucho un silencio sepulcral. No se oye nada. No viene nadie. Estoy completamente solo.

Yo y la bicicleta.

Yo y la niebla.

Yo y estas líneas discontinuas del asfalto que me dicen cuándo debo girar. Cuándo seguir recto.

Ahora viene una recta muy prolongada que luego va a girar un poquito a la izquierda. Y a la derecha.

Sí, completamente solo.

«¡A tope, Pedro!, “Perico”», como me ha empezado a llamar algún periodista ya desde hace unas semanas durante esta Vuelta de 1985.

«Sigue pedaleando igual que entonces, hace casi veinte años con aquella sillita...».



—¡Pedrito!, ¿quieres dejar de hacer el tonto con la silla esa?

Yo sé que mamá lo dice con ternura, se le nota en la voz, pero es que no puedo parar de dar pedales. Bueno, de hacer que los doy. Es que me siento como poseído aquí, en esta sillita marrón, de madera, dada la vuelta en plan caballito, amarrando mis manos al respaldo como si fuese el manillar de esta bicicleta sobre la que «pedaleo» en mi mente. Mi bicicleta.

—Mamá, pero mírame, ¡soy ciclista! ¡Como los que salen en la tele!

—Lo sé, lo sé..., pero venga, que es sábado, ¡que hoy toca baño!

—Pero mamá, espera, mira, ¡como los ciclistas de la Vuelta a España!

Yo sé que está mal desobedecerla, nunca lo hago, pero es que esto..., ¡ah! La imaginación vuela por momentos. Subo a toda velocidad. Bajo a mil por hora. Vuelo con ella. Mi bici, ¡miradme todos! Soy un ciclista. Es que no puedo parar de sacudir mis piernas, igual que esos que salen en los resúmenes todas las tardes. Mi corazón se acelera con lo que estoy «viviendo». No puedo pararlo. No puedo pararme. Pedaleo tan rápido como ellos, esos hombres que van en bicicleta recorriendo todo el país. ¡¡Uah!! Soy uno más en la fuga, como ese que dicen que se llama..., ¿cómo era?, José Pérez Francés, que iba ganando, pero al final otro..., ¿cómo se llamaba?, ¡Felice Gimondi!, ese, ese que fue mucho más rápido en ese puerto..., Orduña. Y que llegó a esa ciudad..., Vitoria, y hoy ha ganado él solo. Así, así como yo, porque pedalea rápido. Rápido. ¡¡Muy rápido, como yo!!

—¡Así, mamá! ¡Mira! Soy un ciclistaaaa. —Levanto los brazos hasta el cielo y miro hacia arriba, al techo de la cocina—. ¡¡Soy un ciclistaaaa!! —grito otra vez fuera de mí.

—Sí, hijo, ya lo sé, pero es hora de bañarse. ¡Venga, arrea!

Me es imposible bajarme de aquí, de esta silla que cada vez me queda más pequeñita, ya lo sé, pero me encanta. Algo tiene. Es la mía, y ya está. La que me gusta. La que, del revés la coloco,

me pongo encima y me hace sentir tan único y tan especial. Tan fuerte emulando pedaladas como si estuviese ahí, dentro de esa tele, en la Vuelta a España. Muevo los pies una y otra vez, fuerte, rápido. Sin poder parar.

—¡Mamá, que estoy escapado!

—¡¡Julio!! —Mi madre se marcha de la cocina al salón en busca de papá a base de un grito seco—. Dile algo a Pedrito, que ya está otra vez encima de esa endemoniada silla creyéndose ciclista, y se tiene que bañar. ¡Que ya es hora!

Papá está tan ensimismado como yo. Desde que llegó a casa esa televisión hace un par de meses nos tiene a todos hechizados. A él lo que más le gusta es el fútbol y el boxeo. No se pierde un combate. Él también se cree uno de ellos simulando golpes y derechazos a diestro y siniestro. Cuando se pone a verlos, es mejor no estar cerca de él porque te acabas llevando un codazo. ¡Cómo sacude!

En casa ha sido toda una revolución, especialmente el mes pasado, cuando todos juntos, la abuela incluida, estuvimos viendo el espectáculo ese que acabó ganando una cantante española, Massiel, con *La, la, la*. No paraba de cantar.

Yo sigo aquí, encima de mi silla, pedaleando, cuando veo que los dos se asoman a la puerta de la cocina.

—Venga, hijo, ya has oído a tu madre. Que pronto empieza el rosario y para entonces tienes que estar duchado —me dice papá.

Termino por hacerle caso y bajo de mi bicicleta imaginaria. Solo.



Completamente solo como ahora. En medio de esta soledad inmensa, tan cegadora como el mar de nubes que me envuelve mientras bajo el puerto de Navacerrada en busca de Pepe Recio. Sigo trazando curvas y visualizando en mi mente cuál es la siguiente.

Aunque en realidad no sé adónde voy, tampoco sé qué me voy a encontrar, tan perdido como estoy en esta Vuelta de 1985. Me habían fichado para ganarla y aquí ando, navegando entre esta niebla que me ciega y me envuelve, buscando una victoria parcial, pues la general está muy lejos. Y eso que vine aquí para ganar esta carrera. Para eso me había contratado el Orbea-MG. «El ciclista mejor pagado del pelotón», repiten constantemente todos los titulares de los periódicos. «Tiene que empezar a justificar de una vez por todas lo que cobra», escriben en sus páginas a diario.

Con lo bien que empecé. En los Lagos de Covadonga, sexta etapa, la primera jornada de alta montaña, gané y me puse líder, de amarillo. Así me quité los fantasmas de los recuerdos del año anterior, cuando llegué aquí arriba vestido de amarillo. Tras una semana con ese color, que conseguí en Rasos de Peguera, y aquí, en estas mismas rampas, me hundí y lo perdí. Un poco antes vi venir el infierno que se me avecinaba cuando mis propios compañeros, entonces en el Reynolds, me sacaron de punto. Me dejaron totalmente fundido en el Alto del Fito. Primero fue Julián Gorospe, tirando a tope para que no atacase nadie, y yo detrás. Penando.

—Suave, Julián, ¡suave! —le suplicaba.

—No, que yo voy bien.

—¡Pero es que yo no!

—Que sí, hombre. Pedro, tú tranquilo. Tú, a rueda, que ya te llevamos nosotros.

—Que no puedo. Ve más despacio.

Pero ni caso. Y le dejé hacer. Me fie de él, en lugar de entender que mi cuerpo no podía más.

Después, José Luis Laguía me dio la puntilla:

—¡Venga! ¡Vamos! —no paraba de jalearme cuando cogió el relevo a Gorospe.

—Ya sé que tú vas muy bien, Joselu, pero yo no me siento muy fino. —Y no cesaba.

—Pero ponte a rueda.

—¡Pero es que a rueda subiendo no vale para nada!

Y a rueda salvamos el Fito. Dejaron el grupo de favoritos en diez corredores, pero yo estaba tocado. Esperaba recuperar en el llano antes de los Lagos, y cuando nos plantamos en la Huesera, Reimund Dietzen movió la carrera y me quedé.

De todo eso me fui acordando cuando subimos un año después por las mismas cuestas. De mi juventud y de toda esa euforia que llevaba dentro. Me había faltado la veteranía de imponerme sobre Gorospe y Laguía. Debí haberles dicho entonces un «me parece estupendo que estéis tan bien, pero id más despacio».



No voy a negar que esta mañana estaba muy nervioso en la salida. El recuerdo de 1984 me pesaba. Dejé que los demás, en especial Robert Millar, se desgastaran y controlaran la ascensión. Él era sin duda el más fuerte. Marcó el ritmo y cargó con el peso de la carrera en los momentos cruciales. Yo me dosifiqué todo lo que pude y cuando me di cuenta de que mi compañero en el Orbea, Pello Ruiz Cabestany, venía a mi lado y aguantaba perfectamente, decidí jugármela. Era el momento, pero no en la Huesera, como todo el mundo esperaba —ciclistas y aficionados apiñados en esas rampas imposibles del 18%—; sabía que el momento era inmediatamente después.

Respiré hondo y aceleré a ver qué pasaba. Veía caras con claros signos de fatiga y miradas perdidas. Mis piernas habían respondido perfectamente y me animé a probar de nuevo, esa vez dándolo todo. De pie en la bicicleta pedaleaba todo lo que me permitían mis piernas. El desarrollo de 42 de plato y 23 de piñón lo movía con cierta soltura.

«¡Dale, Pedro! ¡Dale fuerte!».

Estoy solo con mi sufrimiento. Yo con mi dolor de piernas, que me reclaman que afloje un poco, pero sé que es el momento, no debo escuchar esa voz. Yo y mi fortaleza. Yo y mi soledad, aunque esté rodeado de aficionados que me gritan. A veces

me estorban y rompen esa concentración, ese misticismo de tú contra la montaña, tú contra tus rivales. Algún aficionado se te arrima demasiado, te echa agua por encima y no quieres agua, ni nada. Eres todo adrenalina y a veces no lo aguantas. Te vuelves y le gritas, agitando el brazo: «¡Basta! Déjame con mi soledad camino de la gloria».

Así conseguí mi primera victoria de etapa en esta Vuelta a España y, con ella, el liderato. Allá, donde el año anterior, roto, la perdí y caí derrotado.

La euforia de este triunfo y vestirme de amarillo duró poco. Al día siguiente, en otra etapa de montaña más llevadera, lo perdí, cediendo 4 minutos en la meta de Alto Campoo.

Y eso que en los primeros puertos de ese día iba «con una pata». Qué inconsciente fui. Estaba tan crecido que cada vez que se movía alguien subiendo los puertos previos yo iba a por él.

«¡Atacad lo que queráis, que aquí estoy yo para responder! ¡Soy el líder! ¡Soy el más fuerte de la Vuelta!», era lo único que me faltaba por decir. Era lo que desprendían mis pedaladas en cabeza del pelotón. Iba queriéndome a mí mismo hasta que, de pronto, mis piernas empezaron a decir otra cosa. Del sol que brillaba al inicio y lucía mi amarillo en todo su esplendor al gris en el que se tornó el cielo. Y yo también. Plomizo. ¡Buf! ¡Qué juvenil!

Me creía imbatible saliendo de Cangas de Onís y la cruda realidad llegó camino de la última ascensión, donde todos los esfuerzos extra los pagué. Allí comenzó a torcerse todo, al inicio de Alto Campoo, para ya no reencontrarme conmigo mismo nunca más.



Ahora vago en esta niebla en la que sigo deambulando bajando Navacerrada en busca de mi última oportunidad. Al menos ganar la etapa que llega a casa, a las destilerías DYC de Segovia, delante de mi gente.

Otra curva a la derecha.

Tengo que ir por la línea central de la carretera.

La niebla sigue siendo muy espesa, a veces tanto que pierdo de referencia las rayas de la carretera. Con el corazón a mil, no por pedalear, sino por los riesgos que estoy tomando, me reclamo más atención y buscar esas guías que han permitido que me escape. Ahora no es el momento de desorientarme.



Qué lejos queda la etapa de Alto Campoo. Parece que fue la Vuelta del año pasado. Yo, que me veía ganando esta con una pata y solo saboreé el amarillo un día.

Aprendí una cosa: que cuando uno coge el maillot amarillo en una grande, la clave está en el día siguiente. Vives una situación emocional diferente. Te sientes patrón. Estás feliz con el mundo, la vida te sonríe y te crees inmortal, invencible y poderoso. Hablas con todos y estás sobreexcitado. Gastas más sin ser consciente de ello.

Y de pronto esa gloria de sentirte tan fuerte se torna en pesadilla al comenzar la última ascensión a Brañavieja o Alto Campoo. Y pasas del todo a un vacío no solo de fuerzas, sino emocional. Los fantasmas otra vez. La soledad más absoluta. Tú solo y tus dudas.

«No voy, no voy, no voy», te repites.

Y no es un puerto duro este último, pero no puedes.

Y de golpe te conviertes en la viva imagen de la derrota.

Sucede en muy pocos minutos. Primero veo a Sean Kelly, que se aparta y levanta el brazo por un pinchazo. Yo, con el gancho, al límite. Y Kelly eliminado. Luego me contaron que había simulado un pinchazo, algo que ya había hecho otras veces. En lugar de quedarse con deshonor, prefería simular una avería, que le cambiasen la rueda, y así sus rivales no le veían explotar.

Y yo, mientras tanto, voy en mi límite. En esa fina línea mental cuando las piernas no responden y empieza el sufrimiento.

Donde te vas animando a ti mismo: eres el líder.

«¡Venga, un poco más!».

«¡Un poco más!».

«¡Hay que estar con los mejores!».

«¡No puedes claudicar!».

La margarita se empieza a deshojar.

«Me quedo. ¡No! Un poco más, Pedro».

«¡No puedo más!».

Llevo así varios kilómetros, «agarrándome» mentalmente al grupo de los mejores. Pero sé que las piernas no aguantarán mucho. Estoy engañando mucho tiempo a mi cuerpo y aún queda bastante subida. Espero ardientemente un pequeño parón para recuperar un poco esas piernas que van a explotar de un momento a otro.

Pero... el parón no llega y mi energía mental se ve obligada a hacer caso al cuerpo y adoptar un ritmo más suave.

Exploto. No puedo ir un metro más a ese paso.

Conmigo se queda mi compañero Jokin Mujika, para evitar que pierda demasiado tiempo.

—¡Tranquilo, Jokin! —le digo desde atrás.

—Pero es que se nos van, Pedro.

—¡¡Ya, pero es que el que no va soy yo!! —le espeto.

Hay que perder el menor tiempo posible. La angustia de no dejarme vencer me sigue obligando a darlo todo, pero estoy reventado física y mentalmente por igual después de ese esfuerzo titánico por mantenerme con los mejores. Es una lucha entre tú y tú mismo, pero el «tú mismo» es el de un derrotado. No pensar en que la carrera y el liderato se han ido al garete, simplemente ya es salvar el día.

Sobrevivir manteniendo una velocidad de crucero para llegar arriba en el menor tiempo posible.

Eso se traduce en casi 4 minutos (3'49"). Demasiado tiempo para una carrera que siempre se decide por unas diferencias pequeñas.

Yo, que venía a ganar esta Vuelta, y hace veinticuatro horas creí por un instante que iba a hacerlo sin problemas, y ahora así estoy, con el alma en los pies. Hundido. Al menos mi compañero Pello sí responde y me toma el relevo al frente de la general.

Así pudimos salvar los muebles como equipo, pero, a partir de ese momento, para mí la Vuelta se me cruzó poco a poco, aunque entonces no fuese aún muy consciente de ello, pues quedaba mucha carrera.

Llegamos a la etapa de Panticosa, y la polémica. Otro puerto que no era nada duro, pero yo estaba obligado a ser inconformista con mi clasificación. Dentro del equipo, Pello generaba dudas. Y Txomin Perurena, mi director, me insistía en que luchase por ganar tiempo:

—Perico, tú tienes que moverte y tratar de recuperar tiempo, aprovechar todos los finales en alto que haya —me decía.

Y así lo hice.

Tampoco fue un ataque a lo loco, aunque pareciese lo contrario en televisión. A falta de 3 kilómetros me acerqué a Pello.

—¿Cómo vas? —le pregunté.

—Bien —me respondió, escueto.

—Voy a atacar. ¿Cómo lo ves?

—Claro, ataca.

Aproveché un movimiento de Fabio Parra y contraataqué. Y me fui. Fueron 18 segundos los que recuperé sobre los favoritos, entre ellos mi compañero de equipo, y también al escocés Millar. El caldo de cultivo para la prensa ya estaba hecho.

«¿¡Cómo es posible que un corredor ataque a su propio compañero, que es el líder de la carrera!?».

«¡¡Perico Delgado pone en peligro el amarillo de Cabestany!!».

«¡¡Ataques entre españoles!!».

José María García, el periodista de moda en las ondas deportivas y muy involucrado con la Vuelta, me lanzó unos buenos dardos. Yo, que a veces no me sé callar, tuve que contestarle en directo en el programa que hace a media tarde:

—A ver, José María, que tú sabrás mucho de periodismo, pero de ciclismo déjame a mí, que creo que sé más que tú.

«Pero este niño ¿quién se habrá creído que es?!», escuché decir al rey de las ondas. Y ya no me dejaron responder más. Pasó un minuto, dos, tres..., y el micro cerrado. No me permitieron defenderme.

Este incidente no me hizo perder la concentración para seguir intentando recuperar el máximo tiempo y meterme de nuevo en la lucha por la general.

Al día siguiente, Pello no pudo seguir a Robert Millar en el Coll de Fadas. Yo me quedé con él para no alimentar más la polémica. Con el escocés se marchó un grupo de corredores muy peligrosos como Kelly, Álvaro Pino, Pacho Rodríguez... Gente demasiado importante. Quedaban 80 kilómetros hasta la meta de Tresp, que fueron como una contrarreloj por equipos. Logramos perder tan solo 30 segundos, pero no pudimos mantener el amarillo, que fue a parar a las espaldas de Robert Millar.

Yo esperaba las montañas de Andorra, especialmente la cronoescalada de Pal, para empezar a recortar, pero... fue un desastre. Bicicleta ligera para trepar lo más rápido posible. Máxima concentración. Calentamiento típico subiendo tramos de otros puertos de la zona con bomba y tubular para solucionar algún percance si se daba el caso. Lo típico por si tienes un pinchazo y no quedarte tirado en medio de la carretera.

Me gusta apurar al máximo el tiempo de calentamiento antes de tomar la salida. Eso de estar más tiempo del debido en la rampa de salida no va conmigo porque en ese *impasse* me quedo frío y tengo la sensación de perder tono muscular. ¡Y más en Andorra! Con ese día que salió, fresco y gris.

Arrancó la crono. Me lancé por la rampa y a pedalear a tope. A las primeras de cambio, por la megafonía del coche escuché un grito:

—¡Pericoooooo! ¡¡Que llevas la bomba y el tubular!!

Qué desastre soy. La bomba me resultó fácil quitarla, pero el tubular no había manera. Estaba atado y bien atado con la correa.

Elegí una bicicleta ligera y acabé haciendo la cronoescalada con un tubular de recambio extra amarrado.

«¡Qué desastre, Pedro!».

Tuve la sensación de haber hecho una buena crono hasta que me dijeron el tiempo. Perdí 1'17" respecto a Pacho Rodríguez, que ganó la etapa, y 1'07" respecto al líder, Millar. No pude creérmelo. ¿Cómo es posible que me hubiera dejado tanto? No hubo remontada. No existía. Estaba a casi 5 minutos del escocés. Y hasta la penúltima etapa de la Vuelta no habría montaña, la de Segovia. Adiós a la Vuelta.

★ ★ ★

Llevo la carrera cruzada. A ver si hoy, al menos, consigo esa victoria de etapa que vengo buscando desde hace tiempo, con la meta en casa, por mis carreteras de siempre.

Ya estoy saliendo de ese giro suave. Ahora sé que me toca buscar la parte central, e inmediatamente después, a la derecha de esa misma línea continua porque la curva que viene ahora es a la derecha.

«¡A tope! ¡A tope, Pedro!».

Y de repente se hace la luz, el mundo cobra vida y el paisaje explota con cientos de colores.

Acabo de salir del mar de nubes que me envolvía. Vivo.

¿Qué estoy viendo?

¡Si es Pepe Recio! ¡Está aquí mismo!

Un kilómetro más de niebla y lo habría pasado sin que me hubiese visto el pelo. Me lamento.

Le miro, él se percata de que acabo de llegar y se pone a mi rueda. Supongo que es una frustración para él; se había ido en Cotos en busca del triunfo de etapa y de pronto aparezco yo. Pero también quiero esta victoria en casa. Para redimirme por esta Vuelta que iba a ganar y que ahora, lejos de la general, solo pienso en lograr una victoria de etapa y salvar los papeles.

—¡Venga, Pepe! Vamos a relevos —le grito.

Pero me encuentro con un gesto negativo dibujado en su rostro. Ladea el cuello de un lado al otro. No.

—¡Vamos, Pepe! —le insisto una y otra vez. No hay forma.

Sabe que llegamos a mi ciudad, en un terreno que conozco perfectamente, y con el Alto del León inmediatamente; prefiero guardar fuerzas.

—¡Cuidado con este, que quiere ganar! —le escucho a Rafa Carrasco, el director del Kelme, que le grita desde el coche a Recio.

Llegan las primeras rampas del Alto del León. Aún quedan más de 65 kilómetros para la meta. Y aunque esté tan lejos, sé que es el único sitio donde le puedo dejar. Él es más rodador y rápido que yo. No me queda más remedio que probarlo. Espero a mitad de puerto, donde están las rampas más duras para soltarle. Primero un pequeño ataque para probarle y luego un cambio de ritmo sostenido...

Nada. No hay manera, no puedo con él. Voy a ser incapaz de dejarle. Sé que es un ciclista muy correoso.

Le animo a que me dé algún relevo para mantener la ventaja sobre el grupo de los favoritos.

—Si eso, ya al final... —me responde, sin intención de colaborar.

Como última oportunidad, a 2 kilómetros de la cima, lo vuelvo a intentar. Nada. Aguanta el envite y comprendo que va a ser imposible. Empiezo a pensar qué hacer; la opción de victoria mía va a ser mínima. Tal vez mejor un honroso segundo puesto y al menos hacer trabajar detrás a Millar y a Pacho en favor de Pello.

Se acercan las motos justo al pasar la pancarta del puerto y nos dan el tiempo: 3'15" respecto al grupo de Millar.

La carrera debe de ir parada por culpa de la niebla en la bajada de Navacerrada, algo que a mí tanto me ha favorecido. Seguro que en cuanto se reagrupen, volverán a coger ritmo.

Entonces escucho la voz de Recio, que me grita a la vez que se pone a mi altura:

—¡Venga, Perico! ¡Vamos a relevos y por lo menos que no nos cojan detrás!

Y entonces me adelanta y se pone a tirar. Y a los pocos metros yo le doy continuidad. Y luego, él de nuevo, y así vamos haciendo camino. Entre relevo y relevo voy pensando en el último repecho a 2 kilómetros de la llegada, saliendo de Segovia a DYC, como la última oportunidad de sorprender a mi compañero de viaje. Será complicado, pero lo más importante es ir a tope, para ver si le fallan las fuerzas en ese lugar.



Qué poco me ha querido y cuánto me ha maltratado este año la Vuelta desde Alto de Campoo. Inmerso en un agujero negro sin salida. Porque cualquier cosa que me pasaba en esta edición era para ceder tiempo. No solo era el tiempo cedido en la cronoescalada de Andorra, sino camino de Benidorm: en plena lucha con los abanicos acabé por los suelos.

Cuando la carrera no te quiere, no te quiere. Una expresión típica de resignación en el ciclismo, porque por muy bien que estés y muchas ganas que le pongas, a veces no hay manera de enderezarla. Vas recibiendo señales de vez en cuando y da igual lo que hagas: sientes que día a día se te escapa de las manos. Tú y tus circunstancias.

Solo, caído, magullado y cortado. Cortado en los abanicos que se formaron de salida, y cuando estábamos a punto de entrar con el grupo cabecero, sufrí una caída. Otra vez solo. Siempre que había un momento crítico en la carrera, yo estaba inmerso en la cara negativa. Una curva mal tomada y al suelo. El codo, el muslo y la pierna derecha magullados. Sangre y dolor. Vaya leñazo. Me levanté y me subí a la bicicleta de nuevo, pero la carrera ya se había ido del todo.

Estaba solo. El dolor era más mental que físico, pues sentía que la Vuelta me quería fuera de la carrera; no sabía si me estaba obstinando demasiado, y las consecuencias las sufrí con paciencia, sin querer desalentarme, pero...

Pedaleé en persecución del pelotón delantero. Me daban la primera referencia: 2 minutos.

«Esta Vuelta no me quiere», insistí de nuevo para mis adentros.

En la lejanía del horizonte distinguí las figuras de Anastasio Greciano, de Jokin Mujika, otra vez mi salvador, y de Ricardo Zúñiga. Venían en mi ayuda. Eso y un pinchazo de Dietzen en cabeza me salvaron. Cuando nos plantamos en las primeras rampas del Coll de Rates ya estaba integrado en el pelotón.

Aunque, en realidad, ¿qué importa ya? Esta Vuelta no me quiere. La carrera ya se me ha ido del todo. Soy quinto, a 4'38" insalvables.

Así de mentalizado afronté la última crono en Alcalá de Henares.

Cuarenta y tres kilómetros de pura soledad. Para mí y mis pensamientos.

Todo estaba perdido. Desde Alto Campoo todo se había torcido.

«Bueno, Pedro, concéntrate en acabar la etapa y no exprimirte mucho. Que llegue pronto mañana, la etapa de mi tierra, la de Segovia. Con Morcuera, Cotos, Navacerrada y el Alto del León. Etapón», pensé para darme ánimos mientras iba disputando la crono.

«Sería maravilloso ganar la etapa en casa».

—¡¡Españoles, valientes, que no gane el Pendientes!! —Se oyeron los gritos de algunos aficionados en las cunetas, que me despertaron de mis pensamientos. Qué manía le habían cogido a Millar por su adorno en la oreja. «El escocés del pendiente», así lo llaman.

«Venga, Pedro, que mañana puede ser tu gran día», meforcé en reconducirme a mí mismo. «Al menos pelea la etapa en la tierra que te ha visto nacer», perseveré en pensar cuando me dieron los tiempos: 2'15" perdidos con mi compañero Pello, que ganó la etapa y metió tiempo a Millar, 40 segundos. Insuficientes. Ni para quitarle el amarillo ni para asustarle siquiera. Y yo a más de 6 minutos, o por ahí.

Es 11 de mayo. El cielo está encapotado aquí, en la salida de Alcalá de Henares. Por delante, los típicos puertos de la sierra de Guadarrama y la llegada de siempre en las destilerías DYC. Mis carreteras. Doscientos kilómetros para una última oportunidad y centrado a pelear la etapa.

Se sale a mil por hora y todo el mundo quiere estar en la escapada, pero el Peugeot, el equipo de Millar, no da concesiones. Quieren controlar la carrera y no dejan que nadie se marche para adelante, incluso corredores que están perdidos en la clasificación general. De momento, todo esto me favorece, pues muchas veces se forma un grupo, el pelotón se para y como no estés en ese grupo, la opción de ganar la etapa se evapora del todo.

Llega la Morcuera y la batalla no cesa. La carrera va totalmente rota. Veo rostros cansados, los ojos hundidos de la fatiga del día y de toda la Vuelta, el ritmo que se está viviendo es endiablado. Y, de pronto, parón. Todo el mundo necesita respirar y a mitad de la Morcuera ya nadie quiere atacar, ni nada. Se ha hecho una selección de los mejores clasificados y, estando tan lejos la meta, todos queremos coger un poco de aire.

Debo aprovechar los puertos, que para eso soy escalador y también buen conocedor del terreno. Y apunto al puerto de Cotos como objetivo para moverme.

Llegan las primeras rampas de Cotos y decido esperar. Mejor en la segunda mitad, cuando lleguemos al empedrado. Donde más daño puedo hacer. Ese tiene que ser mi momento. Me bajo los manguitos para refrigerar un poco el «motor», que, a pesar del frío que hace, con lo rápido que va la etapa el calentón es importante.

De repente, Robert Millar desaparece de mi vista, se está descolgando y levanta el brazo. Pinchazo. Pascal Simon se para con él. Y Pacho Rodríguez aprovecha y arranca.

«Espera un poco más, Pedro. Aún no ha llegado el tramo empedrado. Estos ataques son para los hombres de la general; tú

buscas otra cosa. Deja que se marquen entre ellos y espera tu oportunidad».

La fina lluvia que cae, por momentos, parece aguanieve. Millar no tarda mucho en llegar a nuestra altura. Pero él solo. Ha quemado todas sus naves, ya no le queda ningún compañero.

Vaya día de perros se está preparando.

A mitad de Cotos empieza a moverse gente importante de la carrera. Arranca Vicente Belda. Y Dietzen también. Millar les responde.

«Venga, Pedro, ahora», remacho.

Y arranco.

Y Millar se pega a mi rueda enseguida. ¡Vaya con el líder!

Lo pruebo otra vez. Si quiero ganar la etapa, es ahora.

El traqueteo de los manillares en la zona del adoquinado es importante. Esa rugosidad e inestabilidad hace que sea el momento de probarlo de nuevo.

Al poco de mi ataque, siento una rueda detrás; me giro y..., ¡maldita sea, otra vez Millar viene a por mí!

Levanto el pie, esperando un contraataque. Es Dietzen quien lo vuelve a intentar, y arrastra a Belda y a Pacho, entre otros. Millar va a por ellos.

Sigo un poco a distancia al escocés, pues veo que es mi momento.

Cuando paran, arranco con todas las fuerzas sin mirar atrás. ¡Es ahora o nunca!

Al rato, siento que alguien ha llegado. Sigo tirando un rato y, cuando me vuelvo..., otra vez Millar. Pero si voy a más de 6 minutos. ¡Qué hace saltando a por mí! Si hay otros mucho más peligrosos que yo.

¡Qué rabia!

Le habrán dicho que adonde llegamos hoy es donde vivo y quiere tenerme como referencia. No sé. Llegar a mi tierra ya suele ser motivo suficiente para tener tantos ojos que me vigilan.

El parón que sobrellega lo aprovecha Recio para atacar. Todo el mundo empieza a mirarse y consigue irse.

Aunque hay unos pequeños escarceos, estos no se acercan a Recio y se va. Poco a poco le vamos perdiendo de vista en la ascensión.

No va a ser mi día. Hoy tampoco.

El pesimismo se va apoderando de mí. Aun así, lo pruebo tres o cuatro veces más, pero sin mucha convicción. Y si no es Millar, es Pacho o Dietzen quienes van a por mí. Ellos terminan por arrastrar al líder y muere otra vez mi sueño de ganar delante de mis paisanos.

En los 7 kilómetros de falso llano entre Cotos y Navacerrada intento sorprenderles de nuevo, pero con el mismo resultado.

Me doy cuenta de que a estas alturas de carrera cada uno corre para defender su clasificación, bien sudada a lo largo de las tres semanas, pues quien me está controlando ahora muy de cerca es el alemán Dietzen.

Y mientras tanto, Recio cada vez más lejos, y con él, el sueño de victoria queda en una lejanía ya inalcanzable.

A medida que nos acercamos a Navacerrada, las condiciones meteorológicas se acentúan más. La niebla se hace más cerrada: a 100 metros ya no se ve. El aguanieve se ha convertido en granizo y en nieve. El frío es muy intenso y me subo los manguitos consciente de que en la bajada vamos a pasar mucho frío.

¿Cómo era aquello que decía Ángel Arroyo?: «Si no puedes atacar subiendo, habrá que probar bajando».

Tengo las manos ateridas por el frío, la espalda dolorida del granizo que nos está cayendo. Apenas ya no queda nada de este falso llano y al llegar al aparcamiento que hace las veces de techo de este puerto, se cierra la niebla y prácticamente no se ve más allá de los 20 metros.

«Si no puedes subiendo, pruébalo bajando».

Cojo un poco de aire.

Pierdo unas cuantas posiciones.

«Si no has podido subiendo, pruébalo bajando».

«Vamos, Pedro, ¡¡ahora!!».

Esprinto como loco justo antes de empezar la bajada. Por el rabillo del ojo me parece volver a ver a Millar, que viene a por mí.

—¡Recio, a un minuto! —escucho a la gente.

Y de repente, todo se apaga. Todo desaparece.

Solo estoy yo. Porque la espesa niebla lo envuelve todo...



No se ve nada y tengo la sensación de no escuchar nada, salvo mi respiración y el ruido de la bicicleta bajando a tumba abierta.

Busco la línea central de la carretera. Sé que al principio es una recta de unos 250 a 300 metros. No se ve nada, pero no paro. Ahora no. «Pedalea con toda la velocidad que puedas, Pedro. A tope. Esta bajada la conoces perfectamente, y bájala como si fuese con los ojos cerrados. Mantén la concentración».

Ahora tengo que buscar la línea de la izquierda, que la primera curva es hacia ese lado y muy abierta.

«Verás como haya un coche mal aparcado. No lo cuento». Prefiero no pensar en eso. Estoy haciendo la bajada casi con los ojos cerrados; menos mal que la tengo muy bien interiorizada.

No escucho ningún ruido por detrás, no sé si vendrán todos a mi rueda o no, pero no me atrevo ni a girar la cabeza porque cualquier distracción puede ser fatal.

Qué sensación de vértigo. De salto al vacío. No se ve nada en medio de todo este mar de nubes. «Pero no aflojes, Pedro. Ahora no. Hay que seguir adelante».

«¡A tope, Pedro, a tope!», no paro de animarme.

Busco constantemente las líneas continuas y discontinuas de la carretera, que son mi guía.

Súbitamente, la niebla desaparece y el paisaje se llena de formas definidas y colores. Árboles, carretera, coches, motos y... un ciclista que estoy a punto de chocar con él.

Es Pepe Recio.

—Vamos, Pepe, ¡a relevos! —no paro de insistirle.

Quedan 40 kilómetros para la meta. Los relevos de ambos son fluidos y bien coordinados. La etapa tiene que ser de uno de los dos. Él es más rápido, pero sé que a 2 kilómetros de meta hay un repecho de 500 metros que hace mucho daño si las piernas llegan castigadas.

—A 3'15" del grupo de Robert Millar —nos dicen desde la moto que lleva la pizarra de información de la carrera.

En algún momento tendrán que ponerse a tirar, Pacho Rodríguez seguro que probará a atacar para intentar ganar esta Vuelta de la que ahora le separan tan solo una decena de segundos.

Seguimos pedaleando con intensidad. Subimos el Portachuelo (a 30 kilómetros de meta). Nos dan 4'30" respecto a Millar. Pienso que en algún momento, detrás, los hombres de la general se pondrán a tirar, y eso le vendrá bien a Pello, que irá a rueda y tratará de sorprenderles en el repecho cerca de meta.

A 20 kilómetros son ya 5 minutos.

Desde los coches y motos que están a nuestro alrededor se desata la euforia.

—¡A tope! Que la estáis armando. ¡A tope!

«¡Ostras! Como siga así la cosa...».

«Pero ¿qué está pasando ahí detrás? ¿Van parados?».

—Venga, Pepe, ¡a tope! —le chillo a Recio.

Ahora los relevos son más intensos. Con rabia por ambas partes, empezamos a dejarnos llevar por un histerismo que nos llega desde los coches.

Por detrás de nosotros escucho un alboroto indescriptible. Los cláxones de los coches, de las motos. Gritos entre vehículos. Entre los directores, Rafa Carrasco y José Luis Pascua junto a Jordi (el hermano de Pello), que va en el coche de Orbea, y del «Butano» —como llamaban a José María García—, que va dan-

do referencias prácticamente cada kilómetro por la radio. Intento abstraerme de todo. Demasiado bonito para ser verdad. Un coche se nos acerca... Es Carrasco. Vendrá a darle alguna instrucción a Recio.

—¡Venga, Pericooooo, que la vamos a liaaaaar!

—¿Cómo? —contesto.

—¡Que vas a ganar la Vueltaaaaaa!

«¿Pero qué dice? No puede ser posible».

—Lleváis 5'50" de ventaja con el líder.

«¿¡Que me estoy jugando ganar la Vuelta a España!?!».

Giro la cabeza y le grito a Carrasco:

—¿Pero a cuánto estoy en la general?

—Estás a 6'13". ¡A veintitrés segundos de ser líder!! ¡¡Vamos, Perico, que vais a hacer historiaaaaaa!!

Carrasco ha entrado en un delirio total y no para de jalearnos. ¡Ni que fuese yo su corredor! Un segundo después se echa encima de Pepe Recio y le envenena.

—¡A muerte, Pepe, a muerteeeeee!

Ahora ya no se puede parar.

★ ★ ★

Yo no podía parar. No ahora, no entonces cuando hacía que pedaleaba con mi sillita creyéndome escapado en la Vuelta a España. Ni tampoco después, en el colegio. Yo solo quería andar en bicicleta a toda costa. Se lo repetía una y otra vez al profesor de gimnasia. ¿Por qué no hacemos ciclismo en clase?

—Solo si me prometes que un día ganarás la Vuelta a España, Pedrito —me respondía él.

Y a mí se me iluminaba el rostro.

—¡Vale!

Aunque en clase nunca aparecieron bicicletas, sí me dejaba saltarme las clases de educación física en temporada ciclista, y si ganaba alguna carrera, me ponía sobresaliente en la califica-

ción. Y casi una veintena de años después estaba saldando mi deuda. Mi parte de la promesa.



De todas formas, ahora hasta Segovia el terreno es muy favorable. Podremos sacarle muy poco más, y Millar tendrá que reaccionar.

—¡A muerte, chavales, que la estáis liandooo! ¡A muerte!

A Rafa Carrasco ya no hay quien le calle. Pero ¿y si tiene razón? Ya estamos en el repecho final dejándonos la vida los dos. Recio se pone a mi rueda.

—Tranquilo, Pepe, que la etapa es para ti seguro. Yo no te la voy a disputar —le digo sin reparos.

Mi meta acaba de cambiar. ¿Y si acabo ganando la Vuelta? Recio, pasada la subida, da unos relevos impresionantes, hasta entrar en las destilerías DYC. Entonces se pone a rueda a 500 metros de la llegada, esprinta y gana la etapa con los brazos en alto.

La meta se convierte en un ruido ensordecedor. Un griterío a mi alrededor que invade los cinco sentidos. Está atestada de público, todos gritando mi nombre, son voces de euforia mezclada con locura. Dentro de la zona vallada, la gente me zaran-dea de un lado a otro y no para de felicitar-me. Hay vallas, pero están solo para colocar la publicidad. Todo el mundo se ha echado al asfalto, rodeándome.

—¡¡Perico, campeón!!

—¡¡Perico, que has ganado la Vuelta!!

—Vamos a esperar a que lleguen... —procuro mantener la calma.

La euforia que se vive en esos momentos es increíble, pero trato de no dejarme arrastrar por ella, intento aislarme de esta euforia, porque sé que si gano, va a ser por poco. Al final siempre hay una reacción en el pelotón, porque, aunque Pepe y yo hayamos volado, el grupo suele ser más rápido en los kilómetros finales. Sacar más de 6'13"... Es demasiado tiempo. ¡Anda ya!

Me pongo algo de abrigo mientras esperamos. Llevamos ya unos 3 minutos aquí en la meta parados, que se me han hecho interminables, y empiezo a quedarme frío.

—¡¡Perico!! ¿Cómo lo estás viviendo? ¡Que vas a ganar la Vueltaaaa!

Me siguen gritando, pero yo miro al infinito, a la carretera, que se pierde a lo lejos entre las cabezas de la gente, y adivino, entre todo el gentío agolpado, un grupo de ciclistas. Resulta difícil diferenciarlos.

«¿Ahí vendrá Millar? Seguro. Sí, tiene que ser él».

La euforia de hace unos segundos se convierte en choque con la realidad.

Si es que sería muy fuerte ganar la Vuelta de esta manera.

Cruzan y les echo una ojeada rápida buscando el maillot amarillo de Robert Millar. No le veo. Solo distingo a Sean Kelly y a Álvaro Pino. No he visto al escocés.

«Ostras, pues Millar aquí no está». Subidón.

Pero los segundos no corren, se hacen eternos.

Otro corredor asoma al fondo, pero lleva el maillot del Skil. No es Millar. ¡Bien!

Ni rastro de él.

La euforia vuelve a ganar enteros.

«Joé, qué despacio va el reloj del arco de meta. Cuatro minutos y parece que he llegado hace una hora». Están siendo los minutos más largos de mi vida.

—¡Pericoooo, que has ganado! —Sigo escuchando a la gente y a mis paisanos, que están como locos.

—Falta mucho todavía. Hay que esperar.

—¡Van 5'14"! —comenta Simón Rufo, el periodista del *As*, a sus compañeros del *Ya*.

—Ya pasan de los 6 —siento a un periodista colombiano.

Todos contienen la emoción, parece que empujan a que el tiempo corra más deprisa.

Y de pronto algo sucede. Yo no veo nada cuando se desata el delirio entre el público y toda la gente que me rodea.

—¡¡Le acaban de dar el tiempo a Pedro Delgado!! ¡A partir de ahora hay nuevo líder en la Vuelta Ciclista a España! ¡¡Es Pedro Delgado!!

Finalmente, llega un grupo de ciclistas a 6 minutos largos y ahí veo pasar a Robert Millar.

—¡¡Has ganado la Vuelta!! ¡¡Has ganado la Vuelta por 36 segundos!! —me empiezan a decir todos los periodistas.

La locura se ha instaurado en estas destilerías DYC. Un aluvión de «alcachofas» me sepulta. Todos los periodistas me acercan los micrófonos. Rafa Carrasco me coge y me alza en sus brazos. Sonrío, lo celebro, pero me contengo todo lo que puedo.

—Todavía queda mañana, y hasta que no se llega a la última meta esto no se ha acabado. —No quiero emborracharme de este frenesí desmedido que tiene todo el mundo, que igual mañana me arrepiento.

Trato de calmar al personal, pero es imposible. La alegría a mi alrededor está totalmente desbordada. Esto es increíble y prefiero aislarme para no contagiarme de esta bendita locura. Aunque el griterío es impresionante, trato de no escuchar lo que dicen para escaparme a mi soledad y digerir todo lo que está pasando.

—¿Pero quién te lo va a quitar ya? —me replican.

—¡La verdad es que ahora estoy soñando! —sigo diciendo a los periodistas.

«No me lo puedo creer. ¡¡He ganado la Vuelta!!».

Empujones de unos con otros. Todos quieren tocarme. ¡Qué alboroto se ha formado!

—Yo ya estaba un poco entregado —declaro—. Carrasco y Jordi, el masajista del equipo, nos iban dando las referencias. Bueno, lo único que nos decían es que íbamos muy bien, que sacábamos tiempo y que atrás iban bastante parados.

Ya no sé ni qué decir a los periodistas.

—¡¡Esto es una auténtica locura, una auténtica locura!! ¡¡Una gran explosión de entusiasmo el que hay —gritan ellos para sus retransmisiones en directo— en torno a Pedro Delgado!!

Y gritos y más gritos. Todo el mundo y mis paisanos allí congregados no paran de corear mi nombre:

—¡¡PERICO!! ¡¡PERICO!! ¡¡PERICO!!

Un fervor absoluto desatado en torno a mi persona que aún me cuesta creer que sea verdad.

«¡La que acabo de liar!».

«¿Estaré soñando?».